

dones anudados con tanto gusto—. De improviso, tuvo la sensación de que la miraban... Alzó la cabeza. En efecto, del soto lindante con el camino real acababan de salir dos señoritos, con arreos de cazadores: escopeta, morral, bota alta de cuero. Al uno le conocía Finafrol: como que era D. Miguel Amorós, el salazonero de Areal. Y el otro... ¿quién sería? Quien fuese, la contemplaba de un modo tan fijo, tan directo, que en la cara, bajo la superficial escaldadura del llanto, percibió Sidora otra quemadura, un rubor profundo, el bochorno de ser mirada así, cuando remangaba su grueso refajo de bayetón para quitarse zapatos y medias.

—¿Cómo te llamas, rapaza?—interrogó el cazador desconocido.

—Llámome Finafrol, para servirle—balbuceó casi ininteligiblemente la niña, bajando cuanto podía las bayetas de sus haldas.

—¿A ver? ¿Repite ese nombre, que parece muy bonito?

—Finafrol... También llámanme Sidora.

—No, no, que te llamen Finafrol siempre...

¡No sabes tú la poesía que hay en ese nombre!

Nuevamente las mejillas de la niña se abra-

saron... Fué como si la hubiesen requebrado, y

en efecto, requebrar era la intención del seño-

rito. ¡Un señorito! Tenía el cazador aire muy

distinto del de la gente de Areal; su pelo de

artista, revuelto y rizado, se escapaba por de-

bajo de la gorra gris á cuadros; sus facciones

eran perfiladas, expresivas y algo marchitas,

con ese principio de fatiga que causa el abuso

de los placeres, que puede confundirse con la más noble melancolía—y á veces la engendra—. Su cuerpo, dentro del burdo chaquetón, permanecía elegante y flexible, y vistiendo exactamente como el fabricante, no se explicaba por qué éste parecía el criado y el otro el amo. La mirada del desconocido, terciopelosa y atrevida, se hincaba en el alma como un cuchillo de oro. Ninguna mirada de sus compañeros de mendicidad había turbado nunca á Finafrol. Delante de ellos, nada la importaría descalzarse. Delante del señorito, podía el tío Amaro matarla... que no se descalzaba, no.—Y su mayor sofoquina era que las faldas usadas, roídas por el barro, pingajosas, no tapaban ni el pie—de forma pura á pesar de tantas caminatas—ni el perfecto arranque de la pierna juvenil.

D. Miguel intervino: también él miraba, curioso y engolosinado, á la chiquilla.

—Acaba, mujer—dijo campechanamente—.

Ya sabemos que los zapatiños son para los días

de fiesta, y no conviene gastarlos al andar. Te

los cuelgas al hombro... y tan campante.

Quiso gritar Finafrol.—Me los quito á la

fuerza—pero no fué menester: el desconocido

habló en su lugar.

—¡Si no es eso!—exclamó—No te has enterado,

hermano. La rapaza se descalza por orden del

ciego. Ella, al contrario, llora porque quería ir

con sus zapatos nuevos—. Irá. ¡No faltaba más!

Y la he de comprar yo otro par, mejor que ese,

y una docena de pares de medias. ¿Cómo se en-

tiende, descalzar á una criatura tan encantadora?

Conocía Miguel Amorós á Finafrol y al tío Amaro. Bastantes veces acudían á la puerta de su fábrica, en demanda de sardinas saladas y mendrugos de pan. Al ciego le tenía por un tipo cómico, un grotesco de feria. En la chiquilla apenas se había fijado. Ahora reparaba en su belleza, que había irrumpido de pronto, como la de los claveles reventones en los rotos cacharros de las solanas de aldea.

—Tío Amaro—dijo cual si se asociase al capricho de su hermano—¿por qué manda que se quite los zapatos Sidorña? Deje que los gaste en paz.

El ciego no había pronunciado palabra hasta entonces. Una contracción de astucia y de desconfianza aparecía, ya que no en sus horribles pupilas lechosas, en su rojiza frente, donde cada arruga se señalaba por un trazo denegrido, de rancia suciedad. Lo que tantas veces había temido, estaba allí. ¡Los señoritos de Areal ponían en Finafrol los ojos! No era ya Finafrol aquella rapaza desmedradilla que, al tirarla él de las greñas, le llegaba justamente á la altura de la extendida palma: ahora se había hecho moza y garrida, y se la quitarían, dejándole otra vez solo, cuando llevaba años de creerla suya, tan suya como el zurrón y la *zanfona*... Se veló su cara, con esa trágica seriedad que la angustia de la sombra presta al rostro de los ciegos... Interpelado, tuvo que responder; y respondió con la evasiva de una copla. Requiriendo la *zanfona*, en ronca voz entonó la ramplona y adulatora improvisación:

Estos nobles señoritos
me parecen dos Marqueses;
Dios los cubra de regalo
y la Virgüe se lo premie.

—Déjese de cantares...—interrumpió Mariano Amorós, pues el cazador desconocido no era sino el hermano del salazonero—. ¿Es hija suya esta muchacha?

A un mismo tiempo respondieron, el ciego, con la boca, que sí, y la niña, con la cabeza, que no.

—¿Pará qué mientes, perillán?—exclamó Mariano.—Ni es hija tuya, ni en tal piensa. ¿Querías engañarnos, eh? Verás cómo te ponemos al habla con la justicia, y se aclara el por qué abusas de esta criatura, llevándola descalza por los caminos. Sabe Dios dónde has robado tú á la rapaza.

—¡No me robó, no, señor!—protestó la niña—Es á modo de mi padre, porque ni padre ni madre tengo.

VI

Aturdido al pronto el ciego por la tempestad que se le venía encima, callaba, haciendo con los labios el movimiento de rumiar, gesto de los momentos críticos. Su iracundia le hervía

á borbotones en el pecho, y sus dedos se engarrotaban oprimiendo el báculo.

—¡Qué perro debe de ser el maldito!— pensaron casi á un tiempo los dos hermanos — ¡Si pudiese, nos daba de estacazos ahora!

De pronto, un cambio súbito demostró en el tío Amaro esas facultades de histrión que llegan á poseer los mendigos al cabo de cierto tiempo de ejercer su profesión intranquila y perseguida. Adoptó aire humilde, y murmuró, seguro de que Finafrol no le desmentiría:

—No la robé, no, señoritiños, que alhajas con dientes no tienen para qué las robar los pobres. Recogila, y anda conmigo. Por su voluntad anda, que ella no dirá menos.

—Así es— declaró Finafrol—. Ando por mi voluntad.

—¿Y te parece bien, raposo viejo, traer á una muchacha así durmiendo en las carreteras, ó en las tabernas?— acusó Miguel, que empezaba á interesarse mucho en la suerte de Finafrol.

—No dormimos en taberna ninguna, señorito; nos recogemos las más noches en los pajares, ó en la posada de los pobres.

—Buena posada será— dijo Mariano riendo.

—¡Ay, señorito!— gimoteó el de Espadane-la — ¡La posada no es como la de los ricos, eso se sabe! Los ricos, señorito de mi yalma, todo lo tienen manífico. Sus buenas camas compradas, con sus seis colchones para la blandura, si cuadra, y sus doce mantas para se bien cubrir, y sus tres colchas de raso; pero al pobre que anda á las puertas sábele bien el saco

relleno de paja triga, ó el montón de poma. Con eso y la taza de caldo..., posada hay.

Los hermanos sonrieron á un tiempo de la descripción. Más familiarizado con el país, Miguel comprendió en seguida.

—¿Es la casa de Pepe Reigal?— preguntó.

—Sí, señor, señorito — prosiguió el ciego, acentuando su alarde de humildad. Es la posada de las buenas almas, donde no paga el pobre. El ciego lleva ya treinta años de pedir por los caminos, y cuando no tiene cama, no va para casa de ningún señor, sino para la de Reigal. Que se junten cinco pobres, que se junten diez, no ha faltar el saco de paja ni la tasa de caldo.

Miguel reflexionaba. Las palabras del ciego le despertaban una especie de remordimiento. Puede que la prosperidad de su fábrica le obligase á ocuparse de los necesitados... ¡Los Reigal, después de todo, eran unos labriegos, y hacían tanto bien! Con su parsimonia de industrial calculador, que sabe el valor del dinero, y lo que cuesta ganarlo, discurría que, en beneficencia como en todo, un duro bien administrado produce más que cien pesetas derrochadas. Acaso otras ideas, otras aspiraciones confusas y que de pronto habían surgido también en lo íntimo de su sér, eran oculta raíz del momentáneo impulso filantrópico. Mientras recordaba lo que había oído decir á las sardineras respecto al Asilo de los esposos Reigal, no apartaba la vista de Sidora. Dijérase que la veía por primera vez. Y, en efecto, por primera vez se

le aparecía la Sidora mujer, espigada, formada, lavada de fresco, calzada, encendida con ese retoque del pudor que depende de un pedazo de jabón, y es imposible que hermosee la faz cuando, como el cuerpo, va cubierta de inmundicia.

—¿No me darán un bien de caridad, señoritos?—imploró la voz ronca del ciego, que deseaba terminar el episodio.

—Un peso te daré mañana, día del santo de Miguel, en la fábrica—prometió Mariano—si vas con Finafrol y ella calzada. Como sepa que la has obligado á descalzarse, ó como mañana no te presentes..., te lo aviso, te entenderás con la Guardia civil, que te llevará trincado á un Asilo, pero un Asilo verdadero, en Marinada.

Ya Miguel había echado mano al portamonedas, é iba á sacar plata; pero su hermano le hizo una seña. Si daban plata ahora, el ciego no iría al día siguiente á la fábrica; no verían á la rapaza, Dios sabe hasta cuándo. Comprendió Miguel, y se puso á silbar, encendiendo una cerilla. Después metió en la mano del ciego algunos pitillos.

—¿Hay codornices por esta banda?—preguntó como al descuido.

—Sí, señorito... Cara á Breame las encuentra—respondió Finafrol.

—Pues abur, rapaza—dijo el fabricante haciendo un guiño de inteligencia á la chiquilla.

Los dos cazadores se alejaron despacio. Habían tomado un sendero de travesía, por entre rastros de maizales recién segados, hacia el

pinar, que azuleaba, á corta distancia, encubriendo la perspectiva de la ría. Ambos guardaban silencio: de esos silencios eléctricos, más elocuentes que las palabras. Mariano, el menor, el recién llegado de América, fué el primero que se soltó á hablar; no veía motivo de ocultar lo que sentía, y lo soltó, con alegre cinismo de vividor incorregible, de hombre que sólo obedece á su impresión del momento.

—La chica—exclamó—es una monada. Como las hortensias de nuestro huerto cuando se ponen color de rosa. No se puede consentir que siga el asqueroso del ciego divirtiéndose con ella.

—Creo que es un disparate eso que dices—protestó Miguel, más molestado de lo que al parecer requería el asunto—. El ciego, para esa chiquilla, será como un padre.

—¡Psch!—respondió Mariano alzando los hombros—Ahí tienes una de las veintisiete cosas que no me importan. La cuestión es que la chiquilla vale un mundo. Su aire de distinción y de candor aumentan el atractivo de su cara preciosa. Si yo desasno á esta pequeña, la espera un gran porvenir. Haré una buena obra, un verdadero «bien de caridad», como ellos dicen.

Miguel sintió que le subía al rostro la oleada de cólera que frecuentemente encrespaban los hechos y dichos de Mariano.

—¡Qué conjunto de barbaridades!—gritó, tan alto, que á él mismo le extrañó el airado sonido de su voz.

—¿Barbaridades?—Mariano soltó la carcajada—¿De qué madera se hizo la Carolina Ote-

ro, vamos á ver? ¿No andaba, como ésta, descalza y pidiendo?

—¡Calla, calla!—Miguel sentía una especie de dolor, una contrariedad inexplicable.—¡Ya se ve!—prosiguió, incapaz de contenerse— ¡Tú, qué has de pensar, sino esas cosas! No hay para ti, hermano, ni enmienda ni castigo. No te ha bastado pasar miseria por tus vicios, y quieres volver á las andadas. En vez de hacer aquí vida tranquila, discurrees maldades... ¡Para ti no hay salvación, Mariano; no la hay!

El joven se había parado. Encendía trabajosamente un cigarro, protegiéndolo con el sombrero de la brisa fuerte y salobre de la ría. Una expresión sardónica desfiguraba sus bellas facciones.

—¡Vaya un predicador que me he echado!— murmuró— Mira, Miguelito, hace tiempo que falleció nuestro padre.

—¡Ah! ¡Si viviese!—exclamó el hermano mayor.

—Si viviese... ¿qué? A mí no me pone andadores nadie, ¿entiendes? Y no creas que pienso darte mucho la tabarra con mi presencia, ni que Areal es tan divertido para que uno se eternice aquí. En cuanto sueltes lo que me debes de mi parte en la fábrica, levanto el vuelo, y probablemente no vuelves á verme en tu vida.

—Tu parte... ¡Tu parte, ya sabes que es poca cosa!—respondió Miguel, estremecido de ira— Mi padre me lo dejó todo á mí, porque te conocía bien.

—Pero hay los gananciales de mi madre... Eso lo discutirán nuestros abogados, si tú de

bueno á bueno no me dices lo que en justicia me corresponde.

No se habían cruzado todavía entre los hermanos palabras tan ásperas. Los primeros días de la imprevista llegada de Mariano, se diría que evitaban la conversación peligrosa, aunque Miguel comprendiese que la venida del menor no era á humo de pajas. En aquella mañana de otoño, bajo un sol tibio, quizás les excitaba el aroma de la resina, el montés efluvio de los brezos rosados, ó acaso otra causa, otra influencia—, la que hace perpetuarse la vida.

—Lo discutirán los abogados, bueno—prounció Miguel, con la frialdad característica de la cólera que se reprime—. Tendrás el gusto de estorbar mis negocios, de embarazar la marcha de la fábrica, que tantos desvelos costó á nuestro padre, todo para sacar unos cuartos que te gastarás en tres días con bribonas y con truhanes. Eso será el resultado de tu vuelta á España. A cosa buena no vendrías tú.

Mariano escuchaba con aire de reto.

—¡Corriente!—respondió al fin—; si los gasto á mi gusto, eso habré sacado. Lo que no haría nunca, entérate, sería estármelos ahorrando, metido en un rincón, en un poblacho como Areal, entre sardineras y patanes, para que un día me sorprendiese la muerte sin haber gozado de la vida. ¿Estás tú seguro de despertarte mañana? Yo, no...

Cuando así se expresó Mariano, se respaldaba en el tronco de un pino, árbol enorme, con relación á los demás que formaban el pinar es-

trecho, prolongado hasta la ría. Sin duda el pinar había sido cortado dos ó tres veces en un siglo, respetando el hacha solamente aquel ejemplar soberbio, en razón de su magnitud. Su copa sombría y alta, formada por varios brazos vigorosos, desafiaba al cielo, y servía de asilo, en estío, á las aves, que el otoño iba haciendo enmudecer. Sin embargo, cuando Mariano formuló sus dudas acerca de la duración de la vida, un canto característico se oyó entre el denso ramaje. Era el del cuco—profeta, el cuco que dice los años que se ha de vivir—, y Miguel, llevado por instinto indefinible, lanzó á su hermano un emplazamiento:

—Eso de si despertarás ó no, pregúntaselo al cuco rey...

Mariano recordó la superstición aldeana, y alzando la gentil cabeza hacia la copa del árbol, interrogó al ave:

—¿Cuántos años *vivirey*?

Al punto mismo, un claro gemido aflautado, repetido, el disílabo *¡cú! ¡cú!* salió de entre el verdiazul ramaje... Los hermanos esperaron que el ave agorera secundase el canto, pero sólo notaron el misterioso silencio ambiente y el hondo murmullo del pinar, agitado por la brisa marina. Dejaron transcurrir algunos instantes. El cuco no volvió á cantar.

—Ya lo ves—dijo Mariano al fin con risa algo forzada—. El profeta me anuncia que moriré este año... ¡Mira si debo andar pensando en hacer economías!

Miguel no contestó sino con otra risa, que

trataba de encubrir la impresión grave, involuntaria. Y habló, entre chanzas y veras. Todo aquello eran tonterías... Lo seguro es no tirar á la calle el dinero.

Y la proposición que le bullía en la mente, la proposición natural del negociante, acudió á sus labios:

—Oye, Mariano... Lo que debías hacer, era dejar tu parte en la casa, seguir asociado. Justamente este año pensaba yo ensanchar la fábrica, construir un pabellón para almacenar las barricas... De Cuba me han hecho un pedido ventajosísimo, expedición mensual, regularizada. Hace falta almacenar en la estación que empieza ahora, para ir luego sirviendo. Yo te pasaré, estés donde estés, el producto líquido... Piénsalo.

El gesto de indiferencia de Mariano provocó otro de despecho. Los dos cazadores avanzaron bosque adelante, y en su imaginación, sobre el fondo de la playa que en el último término del horizonte adivinaban más que veían, una forma juvenil fué como surgiendo de la línea del agua, de un pálido azul blanquecino. Miguel pensaba:

—No tiene trazas de saber lo que es maldad esa chiquilla.

Y Mariano discurría para sí:

—¡Qué emoción la causaba lo que la dije! Si quiero, me la llevo... Cuando tenga un puñado de duros para viajar largo.

VII

Entretanto, el tío Amaro y Finafrol—calzada—subían la cuestecilla, camino de la rectoral de Soñedo, donde el ama del cura no les negaría una taza de caldo. El ama era vieja, compasiva, regañona y en extremo avara; su caldo, para decir lo más cierto, agua de fregar. Por suerte de los dos pordioseros, el Abad se encontraba en la rectoral, no teniendo aquel día fiesta, ni entierro, ni nada que hacer, sino releer el Boletín de la diócesis y unos cuantos números descabalados de la *La Hormiga de oro*. Así que oyó bajo la ventana la plañidera salmodia del ciego de Espadanela, hizole subir á la solana, con su guía, y mandó que se les diese, amén del caldo, un vaso de *pifón*, y sardinas asadas, calientes, con su cacho de bolla de maíz. El festín lo despacharon el viejo y la niña, entre bendiciones. Comer caliente es para el mendigo un regalo.

—¿Cuántos años tiene, tío Amaro?—preguntó el cura, mientras el viejo engullía.

—No sé, señor Abad—contestó él; y decía verdad; es raro que un aldeano sepa su edad justa.

—¿De los tres pesos ha de pasar?

—Voy para los tres y medio.

El cura meditaba, liando á mano un cigarrillo. Se le había ocurrido un consejo.

—Hace mal en andar por los caminos, tío Amaro. Tiene muchos años para eso ya. Un día le coge la enfermedad y no sabe cómo valerse. Es menester que entre en un Asilito de esos que hay en Marineda. Las Hermanitas de los Pobres... ¡Si viese cómo los cuidan!

El viejo hizo un gesto violento. ¡La misma amenaza del señorito de Amorós! ¿Se habían propuesto todos enterrarle aquel día? Pues á fe que estaba él capaz de darles un disgusto, y que como pudiera esgrimir la cachava... Su hipocresía fatal, hipocresía forzosa, de mendigo, le enseñó á disimular una vez más.

—¡Ah, señor Abad!—articuló—¡Dios se lo pague! Por lo de ahora, me valgo bien, y enfermo no estoy, que no tengo más mal que el de la vista, ¡que nunca le falte, señor!

—Bueno, no tiene otro mal, pero le basta; se va á quedar desamparado, porque Sidora poco tiempo le ha de servir, que es moza y otras colocaciones encontrará.

Un estremecimiento íntimo agitó al ciego. ¿Sidora? ¿A Sidora querían quitarle? Sí, eso era lo que se tramaba, lo que se proponían todos... Su instinto le hizo apretar el garrote. ¿Quitarle á Sidora? No lo verían los desalmados. ¿Habían de robárselo todo, á él, al tío Amaro, en este mundo? Como sucede en las horas de conflicto interior, en las almas desesperadas, volvían á la del ciego los recuerdos de todas sus amarguras, de las desgracias que le habían creado tal

como era, cazurro y feroz, bajo apariencias de bufón inofensivo y canturreador jocosos, y, en el fondo, saturado de odio y de pesimismo burdo. La vida tenía con él pendiente una cuenta terrible. Desde que se había quedado ciego, era continuo el escarnio. Primero, su mujer, su infame mujer, escapándose con el tunante del rapabarbas, porque era un mozalbete guapín, que tocaba la bandurria y cantaba coplas de amoríos y de porquerías... Luego, la hija, que después de «andar con todos» se engancha con el hombrachón del sargento, y cierra la puerta á su padre, en la miseria, en la mendicidad. La peor, la otra maldita, la que le acompañó por las calles tres años, la codiciosa, que no le daba de comer por guardarse las perras de la colecta, y así que tuvo ahorrados unos pesos, á fuerza de matarle de hambre, una mañana desapareció, llevándose todo, y pareciendo á los pocos meses casada, ó el diablo que sepa, con el dueño de la cantina del ferrocarril, allá en Astorga... La única hembra que no le había salido falsa era Finafrol, y él se creía de buena fe su dueño, su protector, su amparo—porque todos necesitan pensar que son algo para alguien en este mundo...—No era amor senil, no era ternura paternal lo que el tío Amaro consagraba á Sidora: era otra cosa: era el acre apego de la posesión, era que juzgaba ser su amo, como se es amo de una ternera ó de un pollino; era el instinto quizá más fuerte—el de la propiedad absoluta—, la propiedad que más embriaga y más trastorna, la de un sér humano, la de un

cuerpo y un espíritu; el cuerpo, para servir á otro cuerpo sufriendo privaciones y fatigas, el espíritu sin libertad, sentenciado á no emanciparse; la posesión del esclavo. Sí, aquel viejo repulsivo, desharrapado, sin techo ni hogar, aquel despojo de barredura arrojado á la polvorienta carretera, rodando bajo los pies de los transeúntes, como la herradura gastada que suelta el caballo, aquel vagabundo sumido en noche eterna, tenía una esclava... Finafrol. Le obedecía, le atendía, era su cosa, su única pertenencia; y ahora intentaban arrebatarla. A pesar de su mandato expreso, también ella, sulevada, olvidaba la costumbre de obedecer sin réplica. Todo el camino, los zapatos nuevos de la niña, resonando sobre las guijas de la carretera con un sonido bien distinto del que hacían los pies desnudos, gritaban: ¡libertad, libertad! Viene un señorito, y bastó; la esclava rompía su cadena. ¡Los señoritos! ¡El primero que había perdido á su hija, señorito era! ¡Ahora le sonsacarían á Finafrol, y la quería más que á su hija; más no, pero de otro modo, como quiere el avariento á su cofre, el coleccionista maníático á la perla de su colección! ¡El que nunca poseyó nada, poseía dominio sobre uno de sus semejantes; él, despreciado por todos, tenía alguien para quien, la víspera, era señor, era Dios... Y se la llevarían y se quedarían riendo, y le mandarían á un refugio de vejetes chochos, gobernado por monjas! ¡Al tío Amaro, con su cachava, con su zanfona, con su independencia de vagabundo! No sucedería tal. Allí estaba

él... Como animal acosado, que recurre á la astucia para esconderse de sus perseguidores, el ciego, mientras exageraba el gimoteo, el rezuqueo, el humorismo de sus chascarrillos aldeanos para divertir al Abad, trazó sus líneas, su plan diabólico de resistencia y venganza.

VIII

Al otro día—San Miguel, San Migueliño, el de las uvas, que viene tarde y dura poco—el viejo y la muchacha, después de pasar la noche regaladamente en un molino, sobre los mullidos sacos de harina, salieron hacia Areal, con propósito de recoger en la fábrica la ofrecida y pingüe limosna. Una noche de buen descanso, un día entero sin gota de aguardiente en el estómago y con comida sana y suficiente, habían refrescado el magín del pordiosero, y comprendía que no era prudente escapar, pues le perseguirían. Valía más presentarse. Una idea pueril y cruel, de celoso, le movió á decir á Finafrol:

—Rapaza... A ver si te echas por la cara un poco de tierra... No te laves... Atápate bien con el pañuelo...

La precaución llegaba tarde. En una escapatoria, Finafrol se había lavado á refregones en la presa del molino, inmensa palangana rodea-

da de una orla de espadañas y poas, y sus ojos azules, su pelo de oro cardado, sus mejillas de flor de espinera brava, brillaban al sol dulce y madurador de la mañana otoñal.

—Ya me eché la tierra, tío... Ya me atapé con el pañuelo...

Mentía por primera vez acaso en su vida. Y mentía sin escrúpulo. En su corazón había penetrado la gran fuerza que enseña el engaño á los sinceros y arranca la verdad de los labios que la desconocen: la fuerza arrolladora que aduerme y despierta, que mata y resucita... Finafrol pensaba que iba á ver al señorito por cuya intervención llevaba zapatos, y que la había llamado encantadora, con un tono de voz distinto del de todos los hombres que ella conocía. La niña hacía esfuerzos para representarse la cara de Mariano; pero, como suele suceder cuando un rostro impresiona demasiado al alma, los sentidos se negaban á reproducir con precisión: la niebla de la ilusión psíquica lo envolvía y borraba sus facciones. ¡En cambio, la voz! A solas, al chapuzarse en la presa del molino, tras de la cual se oía el ruido musical del agua, Finafrol había tratado de repetir algunas palabras dichas por Mariano, con el mismo tono, la misma entonación... Creía estar oyendo aún la voz de plata, que acariciaba y prometía...

Serían las ocho cuando se detuvieron los dos mendigos á la puerta de la fábrica de conservas, ó, mejor dicho, á la del corral rodeado de cobertizos donde se hacinaban confusamente las